

Dictadura: Glosas inspiradas en un texto del Antiguo estamento

Ofrezca (Aarón a Dios) un macho cabrío vivo y, poniendo ambas manos sobre la cabeza del cabrío, confiese ante Dios todas las iniquidades de los hijos de Israel, todos sus delitos y pecados, e, imprecados así sobre la cabeza del macho cabrío, la expulsará al desierto.

(Levítico, cap. 16, vers. 20-21.)

Dos clases de pueblos, una sola especie de machos cabríos políticos y un solo tipo de comportamiento de los pueblos para con esa especie única de animal, sugiere aquí el Antiguo Testamento a la consideración de los hijos del Nuevo —que lo somos casi todos los de nuestros pueblos, o por testamento simplemente aceptado, o por testamento admitido a título de inventario.

De cuando en cuando —¿cada año, cada siete años?—, las iniquidades, delitos y pecados del pueblo de Israel molestaban tanto a su Dios y se habían tornado ya tan insufribles para el pueblo mismo que su Dios, compasivo, benévolo e ingenioso, les reveló la manera de quedar limpios, sanos y tranquilos: descargar sus pecados, a través de las manos de Su mo Sacerdote Aarón, sobre la cabeza de un macho cabrío que, cargado así de ellos, era echado al desierto. Se trataba, dicho reverentemente con las palabras de la vulgata, del *capro emissarius*, del chivo expiatorio del pueblo.

De cuando en cuando —¿a los treinta años, a los siete, a los veinte, a los dos, al cabo de uno...? —, los pueblos, los hijos del pueblo, que en raíz lo somos todos, nos vamos cargando de egoísmo, altanería, intemperancia, manonería, soberbia, matonismo, arrogancia, mal humor, imaciencia...; y nos volvemos fastidiosos, irritables e insufribles unos a otros. Nos hace falta entonces no tanto un sumosacerdote cuanto

un macho cabrío sobre cuya cabeza descarguemos nuestras inpa iencias, arrogancias, matonismos..., a la vez que por nuestras manos fluyan nuest os vicios sociales y políticos; pasen así al chivo expiatorio que, o decorosamente, cual en el Antiguo Testamento, por medio de un especial emisario, o por una patada en salva sea la pa e, salga desterrado de la tierra del pueblo, y se haga entonces cada hijo del pueblo la ilusión de haber quedado ya limpio y sano de e o vicios humanos, cabeza y raíz de los dictatoriales, que so egoísmo, altanería, soberbia, arrogancia, mandonería, matonismo, impaciencia...

Pueblos ha habido que con un macho cab ío enviado al desierto, o, para más seguridad, a la horca, q edaron tan limpios y anos de malas pasiones humanas, cabeza y raíz de las dictatoriales, que desde ha e siglos no han necesitado de otro, ni de las solemnes y ambiguas funciones de un sumo sacerdote que los limpie de pe ados capitales humanos y políticos.

Pu blos hay en que esos vicios humanos, cab za y raíz de dictaduras,

egoísmo,
altanería, intemperancia,
soberbia, arrogancia,
mandonería, matonismo,
malhumor, impaciencia...

brotan, inanan y nacen de sus hijos en tal cantidad y a tal ritmo que, al cabo de dos años, de tres años... d pocos años vuelven a la vida pública, so ial y política, fastidiosa, insufrible e insoportable; y creemos —un po o tonta, otro poco hipócritamente— que de todo ello nos curar ía un chivo expiatorio, u *capro*, sobre que hacer r fluir ni estros vicios dictatoriales; hac rmos entonces la ilusión de ha er qu dado limpio y libres de ellos; poderlos ya odiar y despreciar en otro, in tener que odiarnos y despreciarnos a nosotros mismos, mantenemos y cultivamos a veces unos años al Chivo, cual d saguadero público y conde sador de nuestro vicios; y cuando el Chivo se ha vuelto, él, insoportable, realizamos la

falazmente tranquilizadora acción de conciencia política de echarlo, con patada más o menos solemne y ruidosa, al desierto, sin caer en uenta, primero, de que los defe tos del Chivo eran, por gran parte, los nuestros, afluidos, desembocados y condensados en íl; y sin per atarnos, además, de que, partido el Chivo, revertían sobre nosotros los vicios que en él estuvieron, por unos años, estancados; y de que, por fin, ya no hay desiertos en ste mundo, sino esplendorosas playas y acogedores lugares par tales *Caprones emissarii*.

Desgraciados los Pueblos si de tales ambiguos e ineficaces procedimientos de t rap tica social y política necesitan frecuentemente sus hijos —al cabo de tre , al cabo de dos años...

Félices los pueblos que, de una vez, solemne y definitiva, se sacaron de sus cuerpos y de sus almas, las cabezas y raíces de los vivos dictatoriales; y quedarón ya con las virtudes democráticas, por humanas, de humildad, respeto,

deferencia, discreción,
laboriosidad y paciencia

De ellos es el reino de la democracia, aunque sean políticamente monarquías; los otros serán dominio de dictaduras, aunque por Constitución, se llamen democracias.

Respeto, humildad, laboriosidad, paciencia... Suelen ser virtudes más frecuentes por más propias del pueblo que de aristócratas, pultócratas, hoplócratas-sentidos de serlo o resentidos de no serlos.; éstos suelen ser, salvo contadisimas y honrosas excepciones, los propensos a egoísmo, intemperancia, mandonismo, matonería... cabeza y raíz todo ello de dictaduras y los proclives a la adoración del Chivo y del Becerro de oro.

El pueblo, los hijos del pueblo, no añoran ni a Chivo ni a Becerro; y si son ellos los que expulsan de la Tierra del pueblo al macho cabrío, y no se lo traen una vez más los otros, el macho cabrío no volverá jameas.

Así sea.